

MARCOS

Marcos era hijo de una hermana de Bernabé, Colosenses iv, 10; Hechos xii, 12 muestra que era hijo de María, una mujer piadosa de Jerusalén, en cuya casa se reunían los apóstoles y los primeros cristianos. Se supone que el evangelista se convirtió por testimonio del apóstol Pedro, porque lo trata de hijo suyo, 1 Pedro v, 13. Así, pues, Marcos estaba muy unido a los seguidores de nuestro Señor, si es que él mismo no era uno del grupo. —Marcos escribió en Roma; algunos suponen que Pedro le dictaba, aunque el testimonio general dice que, habiendo predicado el apóstol en Roma, Marcos que era el compañero del apóstol, y que comprendía claramente lo que predicó Pedro, tuvo el deseo para poner por escrito los detalles. Podemos comentar que la gran humildad de Pedro es muy evidente en donde quiera se hable de él. Apenas si se menciona una acción u obra de Cristo en que este apóstol no estuviera presente y la minuciosidad demuestra que los hechos fueron relatados por un testigo ocular. —Este evangelio registra más los milagros que los sermones de nuestro Señor, y aunque en muchos aspectos relata las mismas cosas que el evangelio según San Mateo, podemos cosechar ventajas del repaso de los mismos sucesos, enmarcados por cada evangelista en el punto de vista que más afectara su propia mente.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *El oficio de Juan el Bautista.* 9—13. *El bautismo y la tentación de Cristo.* 14—22. *Cristo predica y llama discípulos.* 23—28. *Expulsa un espíritu inmundo.* 29—39. *Sana a muchos enfermos.* 40—45. *Sana a un leproso.*

Vv. 1—8. Isaías y Malaquías hablaron sobre el comienzo del evangelio de Jesucristo en el ministerio de Juan. De lo que dicen estos profetas podemos observar que Cristo, en un evangelio, viene a nosotros trayendo consigo un tesoro de gracia y un cetro de gobierno. Tal es la corrupción del mundo que hay gran oposición a su avance. Cuando Dios envió a su Hijo al mundo, y cuando lo manda al corazón, se encargó, y se encarga, de prepararle camino. —Juan se cree indigno del oficio más vil ante Cristo. Los santos más eminentes siempre han sido los más humildes. Sienten, más que los otros, su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo y del Espíritu santificador. La gran promesa que hace Cristo en su evangelio a los arrepentidos y cuyos pecados han sido perdonados, es que serán bautizados con el Espíritu Santo; purificados por su gracia, y renovados por su consuelo. Usamos las ordenanzas, la palabra y los sacramentos en su mayor parte sin provecho ni consuelo, porque no tenemos la luz divina dentro de nosotros; y no la tenemos porque no la pedimos; porque dice su palabra que no puede fallar, que nuestro Padre celestial dará esta luz, su Espíritu Santo, a los que se lo pidan.

Vv. 9—13. El bautismo de Cristo fue su primera aparición pública después de haber vivido mucho tiempo ignorado. ¡Cuánto valor oculto hay que no es conocido en este mundo! Pero, tarde o temprano, se conocerá, como lo fue Cristo. Tomó sobre sí la semejanza de la carne de pecado, y de este modo, por nosotros, se santificó a sí mismo para que también nosotros fuésemos santificados y bautizados con Él, Juan xvii, 19. Véase con cuán honra lo reconoció Dios, cuando se sometió al

bautismo de Juan. Vio al Espíritu que descendía sobre Él como paloma. Podemos ver que se nos abre el cielo cuando vemos al Espíritu que baja y obra en nosotros. La buena obra de Dios en nosotros es prueba cierta de su buena voluntad hacia nosotros, y de sus preparativos para nosotros. —Marcos comenta de la tentación de Cristo que estaba en el desierto y que estaba con las bestias salvajes. Era un ejemplo del cuidado que su Padre tenía de Él, lo cual le animaba más en cuanto a la provisión que su Padre le daría. Las protecciones especiales son primicias de provisiones oportunas. La serpiente tentó al primer Adán en el huerto, al Segundo Adán en el desierto; sin duda que con diferente resultado, y desde entonces, sigue tentando a los hijos de ambos en todo lugar y condición. La compañía y la conversación tienen sus tentaciones; y estar a solas, aun en un desierto, también tiene las suyas. Ningún lugar ni estado exime, ninguna ocupación, ningún trabajo lícito, comer o beber, y hasta ayunar y orar; la mayoría de los asaltos suelen ocurrir en estos deberes, pero en ellos está la victoria más dulce. —El ministerio de los ángeles buenos es cosa de gran consuelo en contraste con los designios malos de los ángeles malos; pero nos consuela mucho más que nuestros corazones sean la morada de Dios Espíritu Santo.

Vv. 14—22. Jesús empezó a predicar en Galilea, después que Juan fue encarcelado. Si alguien es desechado, otros serán levantados para ejecutar la misma obra. Obsérvese las grandes verdades que predicó Cristo. Por el arrepentimiento damos gloria a nuestro Creador a quien hemos ofendido; por la fe damos gloria a nuestro Redentor, que vino a salvarnos de nuestros pecados. Cristo ha unido ambas (la fe y el arrepentimiento) y que ningún hombre piense en separarlas. —Cristo da honra a los que son diligentes en sus cosas y amables unos con otros aunque sean poca cosa en este mundo. La laboriosidad y la unidad son buenas y agradables, y el Señor Jesús les manda una bendición. A los que Cristo llama deben dejar todo para seguirlo, y por su gracia hace que ellos quieran hacerlo así. No que tengamos que salir del mundo, sino que debemos soltar el mundo; abandonar todo lo que sea contrario a nuestro deber con Cristo, y no se pueda conservar sin dañar nuestras almas. Jesús guardó estrictamente el día de reposo aplicándose a ello y abundando en la obra del día de reposo para la cual fue designado el día de reposo. Hay mucho en la doctrina de Cristo que es asombroso; y mientras más la oímos, más causa vemos para admirarla.

Vv. 23—28. El diablo es un espíritu inmundo porque perdió toda la pureza de su naturaleza, debido a que actúa en oposición directa al Espíritu Santo de Dios, y por sus sugerencias que contaminan los espíritus de los hombres. En nuestras asambleas hay muchos que calladamente atienden a maestros puramente formales, pero si el Señor llega con ministros fieles y la santa doctrina, y por Su Espíritu queda convicción, ellos están preparados para decir, como este hombre: ¡Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno! Ningún trastorno capacita al hombre para saber que Jesús es el Santo de Dios. No quiere tener nada que ver con Jesús, porque no espera ser salvado por Él y teme ser destruido por Él. Véase el lenguaje que hablan los que dicen al Todopoderoso: Apártate de nosotros. Este espíritu inmundo odia y teme a Cristo porque sabe que Él es Santo, porque la mente carnal es enemistad contra Dios, especialmente contra su santidad. —Cuando Cristo, por su gracia, libra almas de las manos de Satanás, no es sin tumulto en el alma; porque ese enemigo maligno alborotará (inquietará) a los que no puede destruir. Esto hace que todos los que lo vieron piensen: ¿Qué es esta nueva doctrina? Ahora se hace una obra tan grande, pero los hombres la trataron con desprecio y descuido. Si no fuera así, la conversión de un hombre notoriamente malo a una vida sobria, justa y santa, por la predicación del Salvador crucificado, haría que muchos se pregunten: ¿Qué doctrina es esta?

Vv. 29—39. Dondequiera que Cristo llega, viene a hacer el bien. Cura para que podamos ministrarlo a Él y al prójimo que es suyo y por amor a Él. Quienes no pueden ir a las ordenanzas públicas por estar enfermos o por otros impedimentos verdaderos, pueden esperar la gracia de la presencia del Salvador; Él calmará sus tristezas, y abatirá sus dolores. Obsérvese cuán numerosos eran los pacientes. Cuando otros andan bien con Cristo debiera instarnos a ir en pos de Él. —Cristo se fue a un lugar desierto. Aunque no corría peligro de distraerse o de tentación a la vanagloria, de todos modos se retiraba. Quienes desempeñan en público la mayor parte de su actividad, y de la mejor clase, a veces deben, no obstante, estar a solas con Dios.

Vv. 40—45. Aquí tenemos que Cristo limpia a un leproso. Nos enseña a recurrir al Salvador con

gran humildad y con sumisión total a su voluntad, diciendo: “Señor, si quieres”, sin dudar del ánimo pronto de Cristo para socorrer al angustiado. Véase también qué esperar de Cristo: que conforme a nuestra fe será hecho. El pobre leproso dijo: Si quieres. Cristo dispensa prestamente favores a los que prontamente se encomiendan a su voluntad. Cristo no hace nada que haga parecer como que busca la alabanza de la gente. Pero ahora no hay razón para que dudemos en difundir las alabanzas de Cristo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—12. *Cristo sana a un paralítico.* 13—17. *El llamamiento a Leví, y la hospitalidad que da a Jesús.* 18—22. *Por qué no ayunaban los discípulos de Cristo.* 23—28. *Justifica a sus discípulos por recoger maíz en el día de reposo.*

Vv. 1—12. Era la desgracia de este hombre que tuvieran que transportarlo de esa manera, y que muestra el estado de sufrimiento de la vida humana; fue una muestra de bondad de los que así lo llevaban y enseña la compasión que debiera haber en el hombre hacia sus congéneres que tienen dificultades. La fe verdadera y la fe firme pueden obrar de diversas maneras, pero será aceptada y aprobada por Jesucristo. El pecado es la causa de todos nuestros dolores y enfermedades. La manera de eliminar el efecto es eliminar la causa. El perdón de pecado golpea la raíz de todas las enfermedades. Cristo probó su poder para perdonar pecado mostrando su poder para curar al hombre enfermo de parálisis. La curación de las enfermedades era figura del perdón del pecado, porque el pecado es la enfermedad del alma; cuando es perdonado, es sanada. Cuando vemos lo que Cristo hace al sanar almas debemos reconocer que nunca vimos algo igual. —La mayoría de los hombres se piensan íntegros; no sienten necesidad de un médico, por tanto desprecian o rechazan a Cristo y su evangelio. Pero el pecador humilde y convicto, que desespera de toda ayuda, excepto del Salvador, mostrará su fe recurriendo a Él sin demora.

Vv. 13—17. Mateo no era una buena persona, al contrario, porque siendo judío nunca debiera haber sido publicano, esto es, cobrador de impuestos para los romanos. Sin embargo, Cristo llamó a este publicano para que lo siguiera. Con Dios, a través de Cristo, hay misericordia para perdonar los pecados más grandes, y gracia para cambiar a los pecadores más grandes y hacerlos santos. Un publicano fiel que tratara con equidad era cosa rara. Debido a que los judíos tenían un odio particular por un oficio que demostraba que ellos estaban sometidos a los romanos, dieron un mal nombre a los cobradores de impuestos. Pero nuestro bendito Señor no vaciló en conversar con los tales cuando se manifestó en semejanza de carne de pecado. No es novedad que lo que está bien hecho y bien diseñado, sea calumniado y convertido en reproche para los hombres mejores y más sabios. —Cristo no se retractaría aunque se ofendieran los fariseos. Si el mundo hubiera sido justo no hubiera habido ocasión para su venida ni para predicar el arrepentimiento o comprar el perdón. No debemos seguir en compañía con los impíos por amor a su conversación vana; pero tenemos que mostrar amor a sus almas, recordando que nuestro buen Médico tenía en sí el poder de sanar, y que no corría peligro de contagiarse la enfermedad, pero no es así como nosotros. Al tratar de hacer bien al prójimo, tengamos cuidado con no dañarnos a nosotros mismos.

Vv. 18—22. Los profesantes estrictos son buenos para hallar falta en todo lo que no concuerda plenamente con sus puntos de vista. Cristo no escapó de las calumnias; nosotros debemos estar dispuestos a soportarlas y poner cuidado para no merecerlas; debemos atender cada parte de nuestro deber en su orden y momento apropiado.

Vv. 23—28. El día de reposo es una institución divina sagrada; privilegio y beneficio, no es tarea ni esclavitud. Dios nunca lo concibió para que fuera una carga para nosotros; por tanto, no debemos hacer que sea así. El día de reposo fue instituido para el bien de la humanidad, por cuanto vive en sociedad teniendo muchas necesidades y problemas, y se prepara para un estado de dicha o

desdicha. El hombre no fue hecho para el día de reposo como si guardarlo pudiera ser un servicio a Dios, ni se le mandó que guardara sus formas externas para su perjuicio real. Toda obediencia al respecto debe interpretarse por la regla de la misericordia.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *Sanidad de la mano seca.* 6—12. *La gente recurre a Cristo.* 13—21. *Llamamiento de los apóstoles.* 22—30. *La blasfemia de los escribas.* 31—35. *Los familiares de Cristo.*

Vv. 1—5. El caso de este hombre era triste; su mano seca que lo incapacitaba para trabajar y ganarse la vida; quienes tienen este tipo de problema, son los objetos más apropiados para la caridad. Los que no pueden valerse por sí mismos deben ser socorridos. Pero los infieles obcecados, cuando nada pueden decir contra la verdad, aun así no se rinden. Oímos lo que se dijo mal y vemos lo que se hizo mal, pero Cristo mira a la raíz de amargura del corazón, su ceguera y dureza y se entristece. Tiemblen los pecadores de corazón duro al pensar en la ira con que los mirará dentro de poco tiempo, cuando llegue el día de su ira. —El gran día de sanidad es ahora, el día de reposo, y el lugar de sanidad es la casa de oración, pero el poder sanador es de Cristo. El mandato del evangelio es como el registrado aquí: aunque nuestras manos estén secas, aun así, si no las extendemos, es nuestra falta que no seamos sanados. Pero si somos sanados, Cristo, su poder y gracia, deben tener toda la gloria.

Vv. 6—12. Todas nuestras enfermedades y calamidades vienen de la ira de Dios contra nuestros pecados. Su eliminación, o su transformación en bendiciones para nosotros fue adquirida para nosotros por la sangre de Cristo. Pero debemos temer principalmente las plagas y enfermedades de nuestra alma, de nuestro corazón; Él puede sanarlas también por una palabra. Que más y más gente se apresuren a ir a Cristo para ser sanados de estas plagas y ser librados de los enemigos de sus almas.

Vv. 13—21. Cristo llama a quien quiere, porque la gracia es suya. Había pedido a los apóstoles que se apartaran de la multitud y que fueran a Él. Ahora les dio poder para sanar enfermedades, y expulsar demonios. Que el Señor envíe a muchos más de los que han estado con Él, y han aprendido de Él a predicar su evangelio, a ser instrumentos de su obra bendita. —Los que tienen un corazón que ha crecido en la obra de Dios, pueden tolerar fácilmente lo que es inconveniente para ellos, y preferirán perderse una comida antes que una oportunidad de hacer el bien. Los que andan con celo en la obra de Dios deben esperar estorbos del odio de los enemigos y de los afectos equivocados de los amigos, y deben cuidarse de ambos.

Vv. 22—30. Era claro que la doctrina de Cristo tendía directamente a romper el poder del diablo; y también era claro que su expulsión de los cuerpos de la gente, confirmaba esa doctrina; en consecuencia, Satanás no podía soportar ese designio. Cristo dio una advertencia espantosa contra decir palabras tan peligrosas como esas. Verdad es que el evangelio promete perdón para los pecados y pecadores más grandes, porque Cristo lo compró; pero por este pecado, ellos se oponen a los dones del Espíritu Santo después de la ascensión de Cristo. Tal es la enemistad del corazón, que los inconversos pretenden que los creyentes están haciendo la obra de Satanás, cuando los pecadores son llevados al arrepentimiento y a la vida nueva.

Vv. 31—35. Es de gran consuelo para todos los cristianos verdaderos saber que son más queridos para Cristo que madre, hermano o hermana *como tales*, si son santos, simplemente como serían los familiares en la carne. Bendito sea Dios, este privilegio grande y de gracia es nuestro ya ahora; porque aunque no podemos disfrutar la presencia corporal de Cristo, no se nos niega su presencia espiritual.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—20. *La parábola del sembrador.* 21—34. *Otras parábolas.* 35—41. *Cristo calma la tempestad.*

Vv. 1—20. Esta parábola contenía instrucciones tan importantes que todos los capaces de oír estaban obligados a atender. Hay muchas cosas que debemos saber; y si no entendemos las verdades claras del evangelio, ¿cómo aprendemos las más difíciles? Nos servirá valorar los privilegios que disfrutamos como discípulos de Cristo, si meditamos seriamente en el estado deplorable de todos los que no tienen tales privilegios. En el gran campo de la Iglesia, se dispensa a todos la palabra de Dios. De los muchos que oyen la palabra del evangelio unos pocos la reciben como para dar fruto. Muchos que son muy afectados por la palabra momentáneamente no reciben un beneficio perdurable. La palabra no deja impresiones permanentes en la mente de los hombres porque sus corazones no están debidamente dispuestos para recibirla. El diablo está muy ocupado con los escuchas negligentes, como las aves del aire lo están con la semilla que está sobre el suelo. Muchos siguen una profesión falsa y estéril, y se van al infierno. Las impresiones que no son profundas, no durarán. A muchos no les importa la obra de corazón sin la cual la religión es nada. La abundancia del mundo impide que otros sean beneficiados por la palabra de Dios. Los que tienen poco del mundo, pueden ser destruidos aun por darle gusto al cuerpo. Dios espera y requiere fruto de quienes disfrutaron el evangelio, un temperamento mental y las gracias cristianas ejercidos diariamente, los deberes cristianos debidamente desempeñados. Miremos al Señor para que por su gracia regeneradora, nuestros corazones puedan llegar a ser buena tierra, y que la buena semilla de la palabra produzca en nuestra vida esas buenas palabras y obras que vienen por medio de Jesucristo para alabanza y gloria de Dios Padre.

Vv. 21—34. Estas declaraciones estaban concebidas para atraer la atención de los discípulos a la palabra de Cristo. Por este tipo de instrucción, fueron capacitados para instruir a otros; como las velas se encienden, no para ser cubiertas, sino para ser puestas en un candelabro para que den luz a la habitación. —Esta parábola de la buena semilla, muestra la manera en que el reino de Dios avanza en el mundo. Que nada sino la palabra de Cristo tenga el lugar que debe tener en el alma, y se demostrará en la buena conversación. Crece paulatinamente: primero el brote; luego la hoja; después de eso, el trigo maduro en la espiga. Cuando ha brotado seguirá creciendo. La obra de gracia en el alma es, primero, sólo el día de las cosas pequeñas; sin embargo, ya tiene productos poderosos, mientras crece; ¡pero lo que habrá cuando esté perfeccionada en el cielo!

Vv. 35—41. Cristo estaba dormido durante la tormenta para probar la fe de sus discípulos, e instarlos a orar. La fe de ellos se mostró débil y sus oraciones poderosas. Cuando nuestro corazón malvado es como el mar tempestuoso que no tiene reposo, cuando nuestras pasiones son ingobernables, pensemos que oímos la ley de Cristo diciendo: Calla, enmudece. Cuando afuera hay pleitos, y adentro temores, y los espíritus están inquietos, si Él dice, “paz, ten calma”, hay gran calma de inmediato. —¿Por qué estáis así amedrentados? Aunque haya causa para temer, de todos modos no la hay para un terror como éste. Pueden sospechar de su fe los que piensan que a Jesús no le importó mucho que su gente pereciera. ¡Cuán imperfectos son los mejores santos! La fe y el temor cumplen turnos mientras estemos en este mundo, pero, dentro de poco, el temor será vencido y la fe se perderá en la vista.

CAPÍTULO V

Versículos 1—20. *Sanidad del endemoniado.* 21—34. *Sanidad de una mujer.* 35—43. *La hija de Jairo es resucitada.*

Vv. 1—20. Algunos pecadores francamente intencionados son como este loco. Los mandamientos de la ley son como cadenas y grillos para frenar a los pecadores en sus malos rumbos; pero ellos rompen esos frenos, y eso es prueba del poder del diablo en ellos. —Una legión de soldados estaba compuesta por seis mil hombres o más. ¡Cuántas multitudes de espíritus caídos debe de haber, y todos enemigos de Dios y del hombre, cuando aquí había una legión en un solo pobre infeliz! Muchos hay que se levantan contra nosotros. No somos adversarios que podamos enfrentar a los enemigos espirituales con nuestra propia fuerza, pero en el Señor, y con el poder de su fuerza, seremos capaces de resistirlos aunque haya legiones de ellos. —Cuando el transgresor más vil es liberado de la esclavitud de Satanás por el poder de Jesús, se sienta contento a los pies de su Libertador y oye su palabra, que libera a los desdichados esclavos de Satanás, y los cuenta entre sus santos y siervos. —Cuando la gente supo que sus cerdos se habían perdido, Cristo ya no les gustó. La paciencia y la misericordia pueden verse aun en las medidas correctivas por los cuales los hombres pierden sus pertenencias, y salvan las vidas, y se les advierte que busquen la salvación de sus almas. —El hombre proclamó jubilosamente las grandes cosas que Jesús había hecho por él. Todos los hombres se maravillaron pero pocos lo siguieron. Muchos que no pueden sino maravillarse por las obras de Cristo, no se prendan de Él como debieran.

Vv. 21—34. Un evangelio despreciado irá hacia donde sea mejor recibido. Uno de los dirigentes de una sinagoga buscó fervorosamente a Cristo porque una hijita, de unos doce años, se estaba muriendo. —En el camino hizo otra sanidad. Debemos hacer el bien no sólo cuando estamos en casa, sino cuando vamos por el camino, Deuteronomio vi, 7. Común es que la gente no recurra a Cristo, sino cuando ya han probado en vano todas las demás ayudas y hallaron, como ciertamente suele ocurrir, que eran médicos sin valor. Algunos corren en dirección a las diversiones y las compañías alegres; otros se zambullen en los negocios y hasta la embriaguez; otros se dedican a establecer su propia justicia o se atormentan con vanas supersticiones. Muchos perecen en tales caminos, pero nadie encontrará jamás reposo para el alma con tales métodos; mientras aquellos a quienes Cristo cura de la enfermedad del pecado, hallan en sí mismos un cambio total para mejor. Como los actos secretos de pecado, así los actos secretos de fe son conocidos por el Señor Jesús. La mujer dijo toda la verdad. Es la voluntad de Cristo que su pueblo sea consolado y Él tiene el poder para mandar consuelo a los espíritus turbados. Mientras más claramente dependamos de Él, y esperemos grandes cosas de Él, más encontraremos en nosotros mismos que Él ha llegado a ser nuestra salvación. Quienes por fe son sanados de sus enfermedades espirituales tienen razón para ir en paz.

Vv. 35—43. Podemos suponer que Jairo vaciló si debía o no pedir a Cristo que fuera a su casa cuando le dijeron que su hija estaba muerta. Pero, ¿no tenemos la misma oportunidad para la gracia de Dios, y el consuelo de su Espíritu, para las oraciones de nuestros ministros y amigos cristianos, cuando la muerte está en la casa, como cuando allí está la enfermedad? La fe es el único remedio contra la tristeza y el temor en momentos como esos. Crees en la resurrección y entonces no temes. —Resucitó a la niña muerta por una palabra de poder. Tal es el llamado del evangelio para quienes por naturaleza están muertos en delitos y pecados. Por la palabra de Cristo es que se da la vida espiritual. Todos los que vieron y oyeron, se maravillaron ante el milagro y de Aquel que lo hizo. Aunque ahora no podemos esperar que nuestros hijos o familiares muertos sean resucitados, podemos esperar consuelo cuando estamos en pruebas.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—6. *Cristo es despreciado en su propio país.* 7—13. *Comisión de los apóstoles.* 14—29. *Juan el Bautista es condenado a muerte.* 30—44. *Regreso de los apóstoles.*—*Milagro de la alimentación de los cinco mil.* 45—56. *Cristo camina sobre el mar.*—*Sana a los que lo tocan.*

Vv. 1—6. Los compatriotas de nuestro Señor trataron de perjudicar a la gente en su contra. ¿No es

este el carpintero? Nuestro Señor Jesús había trabajado, probablemente, en ese oficio con su padre. Así honró el trabajo manual y estimula a toda persona a comer del trabajo de sus manos. Conviene a los seguidores de Cristo contentarse con la satisfacción de hacer el bien, aunque les nieguen un elogio por eso. ¡Cuánto perdieron estos nazarenos por su prejuicio obstinado contra Jesús! Que la gracia divina nos libre de esa incredulidad, que hace a Cristo como olor de muerte más que de vida para el alma. Vamos, como nuestro Maestro, y enseñemos el camino de la salvación a aldeanos y campesinos.

Vv. 7—13. Aunque los apóstoles estaban conscientes de su gran debilidad y no esperaban ventajas mundanales, por obediencia a su Maestro, y dependiendo de su fuerza salieron pese a todo. No divirtieron a la gente con materias curiosas; les decían que debían arrepentirse de sus pecados y volverse a Dios. Los siervos de Cristo esperan volver a muchos de las tinieblas a Dios, y sanar almas por el poder del Espíritu Santo.

Vv. 14—29. Herodes temía a Juan mientras éste vivía, y temió aún cuando Juan murió. Herodes hizo muchas de esas cosas que Juan en su predicación le enseñó, pero no basta hacer *muchas* cosas; debemos respetar *todos* los mandamientos. Herodes respetó a Juan hasta que éste le tocó a su Herodías. De esta manera, muchos aman la buena predicación siempre que se mantenga lejos del pecado que ellos aman. Pero es mejor que los pecadores persigan ahora a los ministros por su fidelidad a que los maldigan eternamente por su infidelidad. Los caminos de Dios son inescrutables; pero podemos estar seguros que nunca considerará pérdida al recompensar a sus siervos por lo que soportan o pierden por amor a Él. La muerte no podía llegar como una sorpresa tan grande a este hombre santo; el triunfo del impío duró poco.

Vv. 30—44. Los ministros no deben hacer ni enseñar ninguna otra cosa, sino lo que estén dispuestos a contar a su Señor. —Cristo nota en sus discípulos el miedo de algunos y los trabajos de otros, y da reposo a los que están fatigados, y refugio para los que están aterrorizados. La gente buscó el alimento espiritual en la palabra de Cristo y, entonces, Él cuidó que no carecieran de comida para su cuerpo. —Si Cristo y sus discípulos soportaron cosas viles, con seguridad nosotros podemos. Este milagro demuestra que Cristo vino al mundo no sólo a restaurar sino a preservar y nutrir la vida espiritual; en Él hay suficiente para todos los que acudan. Nadie es enviado vacío por Cristo sino los que van a Él llenos de sí mismos. —Aunque Cristo tenía bastante pan al dar la orden, nos enseña a no desperdiciar nada de la generosidad de Dios, recordando cuántos padecen necesidad. A veces podremos necesitar los pedazos que ahora tiramos.

Vv. 45—56. Frecuentemente la iglesia es como barco en el mar, zarandeada por tormentas y sin consuelo: podemos tener a Cristo *por* nosotros, pero el viento y la marea *en contra*. Es un consuelo para los discípulos de Cristo en medio de una tormenta que su Maestro esté en el monte celestial intercediendo por ellos. No hay dificultades que puedan impedir la manifestación de Cristo a favor de su pueblo, cuando llega el tiempo fijado. Él aquietó sus temores dándoselos a conocer. Nuestros temores se satisfacen pronto si se corrigen nuestros errores, especialmente los errores acerca de Cristo. Si los discípulos tienen a su Maestro con ellos, todo está bien. Por falta de un entendimiento adecuado de las obras anteriores de Cristo, es que vemos sus obras actuales como si nunca las hubiera habido iguales. Si los ministros de Cristo pudieran ahora curar las enfermedades corporales, ¡qué multitudes se arremolinarían en torno a ellos! Triste es pensar cuánto se preocupan muchos por sus cuerpos más que por sus almas.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—13. *Las tradiciones de los ancianos.* 14—23. *Lo que contamina al hombre.* 24—30. *Curación de la mujer cananea.* 31—37. *Cristo restaura el oído y el habla a un hombre.*

Vv. 1—13. Un gran objetivo de la venida de Cristo era poner de lado la ley ceremonial; para dar

lugar a esto, rechaza las ceremonias que los hombres agregan a la ley de Dios. Las manos limpias y el corazón puro que Cristo da a Sus discípulos, y requiere de ellos, son muy diferentes de las formalidades externas y supersticiosas de los fariseos de toda época. —Jesús los reprueba por rechazar el mandamiento de Dios. Queda claro que es deber de los hijos, si los padres son pobres, aliviarlos en la medida que puedan; y si merecen morir los hijos que maldicen a sus padres, mucho más los que los dejan pasar hambre. Pero si un hombre se conformaba a las tradiciones de los fariseos, ellos encontraban una forma de liberarlo del cumplimiento de este deber.

Vv. 14—23. Nuestros malos pensamientos y afectos, palabras y acciones, nos contaminan, y solo eso nos contamina. Como un manantial podrido surte de aguas corrompidas, así es el corazón corrupto que produce razonamientos corruptos, apetitos y pasiones corruptos, y todas las malas obras y acciones que de ellos surgen. El entendimiento espiritual de la ley de Dios, y la conciencia de lo malo del pecado, hará que el hombre busque la gracia del Espíritu Santo para suprimir los malos pensamientos y afectos que obran por dentro.

Vv. 24—30. Cristo nunca despidió a nadie que cayera a sus pies, cosa que una pobre alma temblorosa puede hacer. Como ella era una buena mujer, así era una buena madre. Esto la hizo venir a Cristo. El hecho de decir: Que los hijos se sacien primeros, muestra que había misericordia para los gentiles, y no lejana. Ella habló, no como si tomara a la ligera la misericordia, sino magnificando la abundancia de las curaciones milagrosas hechas a los judíos, las cuales en contraste con una sola curación no era sino migaja. Así, pues, mientras los orgullosos fariseos son abandonados por el bendito Salvador, Él manifiesta su compasión por los pobres pecadores humildes, que miran a Él por el pan de los hijos. Él aún sigue buscando y salvando lo que se había perdido.

Vv. 31—37. Aquí hay una curación de un sordomudo. Los que trajeron a este pobre hombre a Cristo, le rogaron que viera el caso y pusiera en acción su poder. Nuestro Señor usó más actos externos de lo acostumbrado para hacer esta curación. Estas eran solo señales del poder de Cristo para curar al hombre, para exhortar su fe, y la de los que lo traían. Aunque hallamos gran variedad en los casos y modos de aliviar a los que recurrieron a Cristo, todos, sin embargo, tuvieron el alivio que buscaban. Así siguen siendo la gran preocupación de nuestras almas.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—10. *El milagro de la alimentación de los cuatro mil.* 11—21. *Advertencia de Cristo contra los fariseos y los herodianos.* 22—26. *Sanidad de un ciego.* 27—33. *El testimonio de Pedro sobre Cristo.* 34—38. *Cristo debe ser seguido.*

Vv. 1—10. Nuestro Señor Jesús exhortó a los más viles que acudieran a Él en busca de vida y gracia. Cristo conoce y considera nuestro estado de ánimo. La generosidad de Cristo está siempre preparada; para mostrar eso repite este milagro. Sus favores se renuevan, como ocurre con nuestras carencias y necesidades. No debe temer la escasez el que tiene a Cristo para vivir por fe, y debe hacer con acción de gracias.

Vv. 11—21. La incredulidad obstinada tendrá algo que decir aunque sea muy irracional. Cristo rehusó contestar la demanda de ellos. Si no sienten convicción de pecado, nunca se convencerán. ¡Ay, qué razón tenemos para lamentarnos por los que nos rodean, y se destruyen a sí mismos y a los demás con su incredulidad perversa y obcecada, y por su enemistad con el evangelio! Cuando olvidamos las obras de Dios y desconfiamos de Él, debemos reprendernos severamente como Cristo reprende aquí a sus discípulos. ¿Cómo es que tan a menudo nos equivocamos con su significación, desechamos sus advertencias y desconfiamos de su providencia?

Vv. 22—26. He aquí un ciego llevado a Cristo por sus amigos. De ahí se demuestra la fe de los

que lo trajeron. Si los que están espiritualmente ciegos, no oran por sí mismos, de todos modos sus amistades y parientes deben orar por ellos, para que quiera Cristo tocarlos. La sanidad fue obrada en forma paulatina, lo que estaba fuera de lo común en los milagros de nuestro Señor. Cristo demuestra su método común para sanar por su gracia a los que, por naturaleza están espiritualmente ciegos. Primero, su conocimiento es confuso, pero como la luz de la aurora, va en aumento hasta que el día es perfecto y, entonces, ellos ven claramente todas las cosas. Tomar a la ligera los favores de Cristo es renunciar a ellos; y a quienes lo hacen, les dará a conocer el valor de sus beneficios por medio de la necesidad.

Vv. 27—33. Estas cosas están escritas para que creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Los milagros de nuestro Señor nos aseguran que no fue vencido, sino que fue vencedor. Ahora, los discípulos están convencidos que Jesús es el Cristo; están en condiciones de soportar si saben de sus sufrimientos, los cuales Cristo empieza aquí a dárselos a conocer. —Él ve lo errado en lo que decimos y hacemos, de lo cual nosotros mismos no tenemos conciencia, y sabe de qué espíritu somos, aun cuando nosotros no. La sabiduría del hombre es necesidad si pretende limitar los consejos divinos. Pedro no entendía correctamente la naturaleza del reino de Cristo.

Vv. 34—38. Se da noticia frecuente de la gran aglomeración que había en torno a Cristo para que ayudara en diversos casos. A todos les corresponde saber esto, si esperan que sane sus almas. Ellos no deben ser indulgentes a la comodidad de la carne. Como la felicidad del cielo con Cristo es suficiente para compensar la pérdida de la vida misma por amor a Él, así si se gana todo el mundo por medio del pecado no compensa la destrucción del alma por el pecado. Llega el día en que la causa de Cristo aparecerá tan gloriosa, como ahora algunos la creen poca cosa y despreciable. Pensemos en esa época y veamos todo objeto terrenal como lo veremos en ese gran día.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—13. *La transfiguración.* 14—29. *Expulsión de un espíritu maligno.* 30—40. *Reprensión a los apóstoles.* 41—50. *Se debe preferir el dolor al pecado.*

Vv. 1—13. He aquí una predicción de la proximidad inmediata del reino de Cristo. Un vistazo de ese reino se dio en la transfiguración de Cristo. ¡Bueno es alejarse del mundo y estar a solas con Cristo; qué bueno es estar con Cristo glorificado en el cielo con todos los santos! Pero cuando las cosas nos salen bien, somos dados a no preocuparnos por el prójimo, y en la plenitud de nuestros deleites, olvidamos las muchas necesidades de nuestros hermanos. Dios reconoce a Jesús y lo acepta como su amado Hijo, y está dispuesto a aceptarnos en Él. Por tanto, hemos de reconocerle y aceptarle como nuestro amado Salvador, y debemos rendirnos para que Él nos mande. —Cristo no deja al alma cuando el gozo y los consuelos la dejan. Jesús explica a los discípulos la profecía sobre Elías. Esto se prestaba para mal entender a Juan el Bautista.

Vv. 14—29. El padre del joven sufriende mostró la falta de poder de los discípulos; pero Cristo hace que atribuya su desilusión a la falta de fe. Mucho se promete si creemos. Si tú no puedes creer, es posible que tu duro corazón sea ablandado, curadas tus enfermedades espirituales, y débil como eres, puedes resistir hasta el fin. —Los que se quejan de incredulidad, deben mirar a Cristo pidiendo gracia que les ayuda contra eso, y su gracia será suficiente para ellos. A quién Cristo sana, lo cura eficazmente. Pero Satanás no quiere ser expulsado de quienes han sido sus esclavos por mucho tiempo, y cuando no puede engañar o destruir al pecador, le causa todo el terror que puede. Los discípulos no deben pensar que siempre harán su obra con la misma facilidad; algunos servicios exigen algo más que dolores corrientes.

Vv. 30—40. El tiempo del sufrimiento de Cristo se acercaba. Si hubiera sido entregado en las manos de demonios y ellos hubieran hecho esto, no hubiese sido tan raro; sin embargo, resulta sorprendente que sean hombres quienes traten tan vergonzosamente al Hijo del Hombre, que vino a

redimirlos y salvarlos. Nótese que cuando Cristo hablaba de su muerte siempre hablaba de su resurrección, la cual quitaba de sí el reproche de la muerte y debiera quitar la tristeza a sus discípulos. Muchos siguen siendo ignorantes porque les da vergüenza preguntar. ¡Qué cosa! Aunque el Salvador enseña tan claramente las cosas que corresponden a su amor y gracia, los hombres están tan cegados que no entienden su decir. —Seremos llamados a rendir cuentas de lo que hablamos, y a dar cuenta de nuestras disputas, especialmente sobre quién es más grande. Los más humildes y abnegados se parecen más a Cristo y Él los reconocerá más tiernamente. Esto les enseñó Jesús por medio de una señal: El que reciba a un niño como éste, me recibe a mí. —Muchos han sido como los discípulos, dispuestos a hacer callar a los hombres que lograron predicar el arrepentimiento en el nombre de Cristo a los pecadores, porque no siguen con ellos. Nuestro Señor culpa a los apóstoles recordándoles que quien obra milagros en su nombre no puede dañar a su causa. Si se lleva pecadores al arrepentimiento, a creer en el Salvador, y a llevar vidas sobrias, justas y santas, entonces vemos que el Señor obra por medio del predicador.

Vv. 41—50. Se dice repetidamente sobre el impío que su gusano no muere, como también, el fuego que nunca se apaga. Indudablemente el remordimiento de conciencia y la aguda reflexión en sí mismo son el gusano que nunca muere. Queda por cierto fuera de comparación si es mejor pasar por todo dolor, dificultad y negación de sí mismo aquí, y ser feliz por siempre en el más allá, que disfrutar aquí de todas clase de placer mundanal temporal y ser desgraciado para siempre. Nosotros debemos ser salados con sal, como los sacrificios; nuestros afectos corruptos deben ser sometidos y mortificados por el Espíritu Santo. Los que tienen la sal de la gracia deben demostrar que tienen un principio vivo de gracia en sus corazones, el cual elimina las disposiciones corruptas del alma que ofenden a Dios o a nuestras propias conciencias.

CAPÍTULO X

Versículos 1—12. *Pregunta de los fariseos sobre el divorcio.* 13—16. *El amor de Cristo por los pequeñuelos.* 17—22. *Conversación de Cristo con el joven rico.* 23—31. *El estorbo de las riquezas.* 32—45. *Cristo anuncia sus sufrimientos.* 46—52. *Sanidad de Bartimeo.*

Vv. 1—12. Donde estuviera Jesús le seguían multitudes y Él les enseñaba. Predicar era costumbre constante de Jesús. Aquí señala que la razón por la cual la ley de Moisés permitió el divorcio, era de tal naturaleza que ellos no debían usar ese permiso; era solamente por la dureza de sus corazones. Dios mismo unió a marido y mujer; los preparó para que fueran de consuelo y ayuda mutuo. Lo que Dios unió no debe ser desatado a la ligera. Los que están por desechar a sus esposas piensen qué sería de ellos si Dios los tratara de esa manera.

Vv. 13—16. Algunos padres o niñeras trajeron niños pequeños a Cristo para que Él los tocara como símbolo de su bendición sobre ellos. No parece que necesitaran sanidad corporal ni que fueran capaces de ser enseñados; pero los encargados de cuidarlos, creían que la bendición de Cristo haría bien a sus almas; por tanto, los llevaron a Él. Jesús mandó que los dejaran venir a Él y que nada debía decirse o hacerse para impedirlo. Los niños deben ser guiados al Salvador tan pronto como sean capaces de entender sus palabras. Además, debemos recibir el reino de Dios como niños pequeños; debemos ser afectuosos con Cristo y su gracia, como los niñitos con sus padres, niñeras y maestros.

Vv. 17—22. Este joven rico mostró gran honestidad. Preguntó qué debía hacer ahora para ser feliz para siempre. La mayoría pide bienes para *tenerlos* en este mundo; cualquier bien, Salmo iv, 6; éste pide el bien que hay que *hacer* en este mundo para disfrutar del bien mayor en el otro. Cristo estimula esta pregunta asistiendo su fe y guiando su práctica. —Sin embargo, aquí hay una separación penosa entre Jesús y este joven. Pregunta a Cristo qué debe hacer además de lo que ya hizo para obtener la vida eterna; y Cristo le dice si tiene, como parece sin duda, esa fe firme en la

vida eterna, y si le da elevado valor, ¿está dispuesto a soportar una cruz presente con la expectativa de una corona futura? El joven lamentó no poder ser un seguidor de Cristo en condiciones más fáciles; que no pudiera obtener la vida eterna y retener también sus posesiones mundanales. Se fue triste. Véase Mateo vi, 24: No podéis servir a Dios y Mamón.

Vv. 23—31. Cristo aprovecha esta ocasión para hablar a sus discípulos sobre la dificultad de la salvación de quienes tienen abundancia en este mundo. Los que así buscan ansiosamente la riqueza del mundo, nunca valorarán en justicia a Cristo y su gracia. Además habla de la grandeza de la salvación de los que tienen poco de este mundo y lo dejan por Cristo. La prueba más grande de la constancia de un hombre bueno se produce cuando el amor a Jesús le pide que renuncie al amor a los amigos y a los familiares. Aunque vencedores por Cristo, aun deben esperar sufrir por Él hasta que lleguen al cielo. Aprendamos a contentarnos en una situación mala y a estar alertas contra el amor a las riquezas en una situación buena. Oremos para ser capaces de dejarlo todo si fuere necesario por el servicio de Cristo, y para usar en su servicio todo lo que se nos permita retener.

Vv. 32—45. Cristo sigue adelante con su empresa para la salvación de la humanidad, cosa que fue, es y será el asombro de todos sus discípulos. La honra mundanal tiene un brillo, con el cual pueden haberse deslumbrado muchas veces los ojos de los discípulos mismos de Cristo. Cuidémonos de tener sabiduría y gracia para saber sufrir con Él; y que podamos confiar en que Él proveerá los grados de nuestra gloria. —Cristo les muestra que generalmente se abusa del poder en el mundo. Si Jesús nos concediera todos los deseos, pronto se haría evidente que deseamos fama o poder, y que no queremos beber su copa ni pasar su bautismo; con frecuencia sería una ruina que respondiera nuestras oraciones. Pero nos ama y dará a su pueblo sólo lo que es bueno para ellos.

Vv. 46—52. Bartimeo, que había oído de Jesús y sus milagros, y sabido que iba a pasar por ahí, esperaba recuperar la vista. Al ir a Cristo a pedir ayuda y salud, debemos mirarlo como el Mesías prometido. Los llamados de gracia que Cristo nos hace para que vayamos a Él, animan nuestra esperanza de que si vamos a Él tendremos aquello por lo cual fuimos a Él. Quienes vayan a Jesús deben desechar el ropaje de su propia suficiencia, deben librarse de todo peso, y del pecado que, como ropajes largos, los asedian más fácilmente, Hebreos xii, 1. —Él ruega que sus ojos sean abiertos. Muy deseable es ser capaz de ganar nuestro pan; y donde Dios ha dado a los hombres sus extremidades y sentidos, es vergonzoso que, por necedad y pereza, se hagan efectivamente ciegos y cojos. Sus ojos fueron abiertos. Tu fe te ha hecho salvo: la fe en Cristo como el Hijo de David, y en su compasión y poder; no tus palabras repetidas, sino tu fe; Cristo pone a trabajar tu fe. —Los pecadores sean llamados a imitar al ciego Bartimeo. Jesús pasa por donde se predica el evangelio o circulan las palabras escritas de la verdad, y esta es la oportunidad. No basta con ir a Cristo por salud espiritual, sino que, cuando estemos sanados, debemos continuar siguiéndole, para que podamos honrarle y recibir instrucción de Él. Los que tienen vista espiritual ven en Cristo esa belleza atractiva que los hará correr tras Él.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—11. *Entrada triunfal de Cristo en Jerusalén.* 12—18. *Maldición de la higuera estéril.*
—*Purificación del templo.* 19—26. *Oración en fe.* 27—33. *Los sacerdotes y los ancianos interrogados sobre Juan el Bautista.*

Vv. 1—11. La llegada de Cristo a Jerusalén muestra en forma notable, que Él no temía el poder ni la maldad de sus enemigos. Esto alentaría a sus discípulos que estaban llenos de miedo. Además, no le inquietaban los pensamientos sobre sus sufrimientos que se aproximaban. Sin embargo, todo marcaba su humillación; y estos asuntos nos enseñan a no preocuparnos por alcanzar las cosas de alto rango, sino a condescender a las de bajo nivel. ¡Qué mal le hace a los cristianos darse categorías elevadas, cuando Cristo estuvo tan lejos de reclamarlas! Dieron la bienvenida a su

persona: ¡Bendito el que viene! El que debía venir: tan a menudo prometido; tanto tiempo esperado; viene en el nombre del Señor. Que tenga nuestros mejores afectos; Él es un Salvador bendito, y nos trae bendiciones, y bendito sea el que lo envió. Las alabanzas sean a nuestro Dios que está en los cielos más altos, y por sobre todo es Dios bendito para siempre.

Vv. 12—18. Cristo miró buscando algún fruto, porque el tiempo de cosechar higos, aunque cercano, no había llegado aún, pero no encontró ninguno. Hizo de la higuera un ejemplo, no para los árboles, sino para los hombres de esa generación. Era una figura de la condenación para la iglesia judía, a la cual vino en busca de frutos sin hallar ninguno. —Cristo fue al templo y empezó a reformar los abusos de sus atrios, para señalar que cuando el Redentor viniera a Sion, iba a eliminar la impiedad de Jacob. Los escribas y los principales sacerdotes procuraban, no cómo pudieran hacer su paz con Él, sino cómo destruirlo. Un intento desesperado en que sólo podían temer, porque era pelear contra Dios.

Vv. 19—26. Los discípulos no podían pensar por qué la higuera se marchitó tan pronto, pero todos los que rechazan a Cristo se marchitan: eso representa el estado de la iglesia judía. No debemos descansar en ninguna religión que no nos haga fértiles en buenas obras. A partir de eso, Cristo les enseñó a orar con fe. Puede aplicarse a la fe poderosa con que son dotados todos los cristianos verdaderos y que hace maravillas en las cosas espirituales. Nos justifica, y así elimina montañas de culpa, que nunca se volverán a levantar en juicio contra nosotros. Purifica el corazón y, así, elimina montañas de corrupción, y las allana ante la gracia de Dios. —Una diligencia grande ante el trono de la gracia es orar por el perdón de nuestros pecados; y preocuparse por esto debiera ser nuestro afán diario.

Vv. 27—33. Nuestro Salvador demuestra cuán emparentados estaban su doctrina y su bautismo con los de Juan; tenían el mismo designio y tendencia: traer el evangelio del reino. Estos ancianos no merecían que se les enseñara; porque era claro que no contendían por la verdad sino por la victoria; ni tampoco tuvo que decirselo, porque las obras que Él hizo, decían claramente que tenía autoridad de Dios; puesto que ningún hombre podía hacer los milagros que hacía a menos que Dios estuviera con él.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—12. *La parábola de la viña y los arrendatarios.* 13—17. *Pregunta sobre el tributo.* 18—27. *Tocante a la resurrección.* 28—34. *El gran mandamiento de la ley.* 35—40. *Cristo el Hijo y, sin embargo, el Señor de David.* 41—44. *Elogio de la viuda pobre.*

Vv. 1—12. Cristo mostró en parábolas que dejaría a un lado la iglesia judía. Entristece pensar el maltrato que han hallado los fieles ministros de Dios en todas las épocas, de parte de quienes disfrutaron los privilegios de la iglesia, pero que no dieron el fruto requerido. —Dios envió, finalmente, a su Hijo, su bienamado; y se podría esperar que ellos también respetaran y amaran al amado de su Señor; no obstante, en lugar de honrarle porque era el Hijo y heredero, lo odiaron. Pero la exaltación de Cristo fue obra del Señor; y es su obra exaltarlo en nuestros corazones, y establecer ahí su trono; y si esto se hace, no puede ser sino maravilloso ante nuestros ojos. Las Escrituras y los predicadores fieles, y la venida próxima de Cristo encarnado, nos llaman a rendir la debida alabanza a Dios en nuestra vida. Los pecadores deben cuidarse del espíritu orgulloso y carnal; si injurian o desprecian a los predicadores de Cristo, lo harían así a su Señor si hubieran vivido cuando estuvo en la tierra.

Vv. 13—17. Se pensaría que los enemigos de Cristo desearían conocer su deber, cuando realmente esperaban que, tomara cualquier partido para acusarlo. Nada es más probable para atrapar a los seguidores de Cristo que llevarlos a meterse en los debates de la política mundanal. Jesús evitó la trampa refiriéndose al sometimiento que ellos ya habían efectuado como nación. Muchos

elogiarán las palabras de un sermón, pero sin obedecer sus doctrinas.

Vv. 18—27. El recto conocimiento de la Escritura, como fuente de donde fluye ahora toda la religión revelada, y el fundamento sobre lo cual se construye, es el mejor preservativo contra el error. Cristo desechó la objeción de los saduceos, que eran infieles calumniadores de la religión de aquella época, afirmando la doctrina del estado futuro bajo la luz verdadera. —La relación entre marido y mujer, aunque estipulada en el paraíso terrenal, no se conocerá en el celestial. No es de maravillarse si nos confundimos con errores necios, cuando nos formamos nuestras ideas del mundo de los espíritus por los sucesos en este mundo de los sentidos. Absurdo es pensar que el Dios vivo sea la porción y la felicidad de un hombre si éste está muerto para siempre; por tanto, es seguro que el alma de Abraham existe y actúa aunque separada, temporalmente del cuerpo. Aquellos que niegan la resurrección yerran mucho y se les debe decir eso. Procuremos pasar por este mundo moribundo con la esperanza jubilosa de la dicha eterna, y de la resurrección gloriosa.

Vv. 28—34. A los que desean sinceramente que se les enseñe su deber, Cristo les guiará en juicio y les enseñará su camino. Dice al escriba que el mandamiento más grande, que indudablemente incluye todo, es amar a Dios con todo nuestro corazón. Donde este es el principio rector del alma, allí hay una disposición para todo otro deber. Amar a Dios con todo nuestro corazón nos compromete con todo lo que le complazca. Los sacrificios sólo representaban la expiación de las transgresiones de la ley moral perpetradas por los hombres; no tenían poder excepto al expresar el arrepentimiento y la fe en el prometido Salvador, y en cuanto llevaran a la obediencia moral. Como nosotros no hemos amado así a Dios ni al hombre, sino precisamente a la inversa, somos pecadores condenados; necesitamos arrepentimiento y necesitamos misericordia. Cristo aprobó lo que el escriba dijo y le animó. Se quedó para ulterior consejo, porque este conocimiento de la ley conduce a la convicción de pecado, al arrepentimiento, a descubrir nuestra necesidad de misericordia, y a entender el camino de la justificación por Cristo.

Vv. 35—40. Cuando atendemos lo que declaran las Escrituras, en cuanto a la persona y los oficios de Cristo, seremos guiados a confesarlo como nuestro Señor y Dios; a obedecerle como nuestro Redentor exaltado. Si la gente común oye alegremente estas cosas, mientras los educados y distinguidos se oponen, aquellos son dichosos y estos, deben ser compadecidos. Y como el pecado disfrazado con apariencia de piedad, es doble iniquidad, así su condena será doblemente pesada.

Vv. 41—44. No olvidemos que Jesús todavía observa el arca de las ofrendas. Él sabe cuánto y por qué motivos dan a su causa los hombres. Él mira el corazón, y cuáles son nuestras opiniones al dar limosna; y si lo hacemos como para el Señor o sólo para ser vistos por los hombres. Es tan raro encontrar a alguien que no culpe a esta viuda, que no podemos esperar encontrar a muchos que hagan como ella; no obstante, nuestro Salvador la elogia; por tanto, estamos seguros que ella hizo bien y sabiamente. Los débiles esfuerzos del pobre para honrar a su Salvador, serán elogiados en el día cuando las acciones espléndidas de los incrédulos sean expuestas al desprecio.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—4. *Anuncio de la destrucción del templo.* 5—13. *Discurso profético de Cristo.* 14—23. *La profecía de Cristo.* 24—27. *Declaraciones proféticas.* 28—37. *Exhortación a velar.*

Vv. 1—4. Obsévese en cuán poco valora Cristo la pompa externa, donde no hay verdadera pureza de corazón. Mira con compasión la ruina de almas preciosas, y llora por ellas, pero nosotros no lo hallamos mirando con lástima la ruina de una casa hermosa. Entonces, recordemos cuán necesario es que tengamos una habitación más perdurable en el cielo y estar preparados para ella por la obra del Espíritu Santo, buscada en el uso ferviente de todos los medios de gracia.

Vv. 5—13. Nuestro Señor Jesús, al responder la pregunta de los discípulos, no hace tanto para

satisfacer su curiosidad como para dirigir sus conciencias. Cuando muchos son engañados, debemos por ello ser despertados para examinarnos a nosotros mismos. Los discípulos de Cristo, si no es su propia falta, pueden disfrutar de santa seguridad y paz mental cuando todo a su alrededor está desordenado. Pero ellos deben cuidar de no ser alejados de Cristo y de su deber hacia Él por los sufrimientos con que se encontrarán por amor a Él. Serán odiados por todos los hombres: ¡problema más que suficiente! Pero la obra a la que fueron llamados debe seguir adelante y prosperar. Aunque ellos sean aplastados y derribados, el evangelio no puede serlo. La salvación prometida es más que liberación del mal, es bendición eterna.

Vv. 14—23. Los judíos apresuraron el ritmo de su ruina al rebelarse contra los romanos y perseguir a los cristianos. Aquí tenemos una predicción de la destrucción que les sobrevino unos cuarenta años después de esto; una destrucción y un estrago como no los ha habido en la historia. Las promesas de poder para perseverar y las advertencias contra un alejamiento concuerdan bien unas con otras. Pero mientras más consideremos estas cosas, veremos motivos más abundantes para huir sin demora a refugiarnos en Cristo, y a renunciar a todo objeto terrenal por la salvación de nuestras almas.

Vv. 24—27. Los discípulos habían confundido la destrucción de Jerusalén con el fin del mundo. Cristo corrigió este error y demostró que el día de la venida de Cristo y el día del juicio serán después de aquella tribulación. Aquí anuncia la disolución final del marco y trama presentes del mundo. Además, predice la aparición visible del Señor Jesús que viene en las nubes y la reunión de todos los elegidos con Él.

Vv. 28—37. Tenemos la aplicación del sermón profético. En cuanto a la destrucción de Jerusalén, esperad que venga dentro de muy poco tiempo. En cuanto al fin del mundo, no preguntéis cuando vendrá, porque el día y la hora no lo sabe ningún hombre. Cristo, como Dios, no podía ignorar nada, por que la sabiduría divina que habitaba en nuestro Señor se comunicaba a su alma humana conforme al beneplácito divino. Nuestro deber respecto de las dos es estar alertas y orar. Nuestro Señor Jesús, cuando ascendió a lo alto, dejó algo para que todos sus siervos hagan. Siempre debemos estar vigilantes esperando su regreso. Esto se aplica a la venida de Cristo a nosotros en nuestra muerte y también al juicio general. No sabemos si nuestro Señor vendrá en los días de la juventud, en la edad mediana o en la vejez, pero, tan pronto como nacemos, empezamos a morir y, por tanto, debemos esperar la muerte. Nuestro gran afán debe ser que, cuando venga el Señor, no nos halle confiados, dándonos el gusto en comodidad y pereza, despreocupados de nuestra obra y del deber. A todos les dice: Velad, para que sean hallados en paz, sin mancha e irreprochables.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—11. *Cristo ungido en Betania.* 12—21. *La pascua.—Jesús declara que Judas lo traicionará.* 22—31. *Institución de la cena del Señor.* 32—42. *La agonía de Cristo en el huerto.* 43—52. *Traicionado y apresado.* 53—65. *Cristo ante el Sumo Sacerdote.* 66—72. *Pedro niega a Cristo.*

Vv. 1—11. ¿Derramó Cristo Su alma hasta morir por nosotros, y pensaremos que haya algo demasiado precioso para Él? ¿Le damos el unguento precioso de nuestros mejores afectos? Amémosle con todo el corazón aunque es común que el celo y el afecto sean malentendidos y culpados; y recordemos que la caridad para con el pobre no será excusa de ningún acto particular de piedad para con el Señor Jesús. Cristo elogió la piadosa atención de esta mujer para que lo sepan los creyentes de todas las épocas. A quienes honran a Cristo, Él los honrará. La codicia era la lujuria principal de Judas y eso le traicionó para que pecara traicionando a su Maestro; el diablo adaptó su tentación a eso y, de ese modo, lo venció. Véase cuántas tretas engañosas tienen muchos en sus esfuerzos pecaminosos; pero lo que parece progresar en sus planes, al final resultará ser maldición.

Vv. 12—21. Nada podría ser menos resultado de la previsión humana que los sucesos aquí relatados. Pero nuestro Señor sabe todas las cosas sobre nosotros antes que acontezcan. Si lo recibimos, habitará en nuestros corazones. —El Hijo del Hombre va, como está escrito de Él, como cordero al matadero; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado! Si Dios permite los pecados de los hombres, y se glorifica en ellos, no los obliga a pecar; ni es excusa para su culpa, ni aminorará el castigo.

Vv. 22—31. La cena del Señor es alimento para el *alma*, por tanto, basta con muy poco en comparación con lo que es para el *cuerpo* en tanto sirva de señal. Fue instituida por el ejemplo y la práctica de nuestro Maestro para que siguiera vigente hasta su segunda venida. Fue instituida con bendición y acción de gracias para ser un memorial de la muerte de Cristo. Se menciona frecuentemente su preciosa sangre como el precio de nuestra redención. ¡Cuán consolador es esto para los pobres pecadores arrepentidos, que la sangre de Cristo sea derramada por muchos! Si por muchos, ¿por qué no por mí? Fue señal del traspaso de los beneficios adquiridos para nosotros por su muerte. Aplicaos la doctrina de Cristo crucificado a vosotros mismos; que sea carne y bebida para vuestras almas, fortaleciendo y refrescando vuestra vida espiritual. Iba a ser una primicia y un sabor anticipado de la dicha del cielo, y por ello, nos quita el gusto por los placeres y deleites de los sentidos. Todo el que ha saboreado las delicias espirituales, directamente desea las eternas. — Aunque el gran Pastor pasó por sus sufrimientos sin dar un paso en falso, sus seguidores han sido, no obstante, esparcidos a menudos por la pequeña medida de sufrimientos asignados a ellos. ¡Qué dados somos a pensar bien de nosotros mismos y a confiar en nuestros corazones! Fue malo que Pedro le contestara así a su Señor, sin temor ni temblor. Señor, dame gracia para evitar que te niegue.

Vv. 32—42. Los sufrimientos de Cristo empezaron con los más dolorosos, los de su alma. Empezó a entristecerse y a angustiarse; palabras no empleadas en San Mateo, pero muy llenas de sentido. Los terrores de Dios lo combatieron, y Él le permitió contemplarlos. Nunca hubo dolor como su dolor hasta ahora. Él fue hecho maldición por nosotros; las maldiciones de la ley fueron echadas sobre Él como nuestra prenda. Ahora Él saboreó la muerte en toda su amargura. Esto era ese miedo del que habla el apóstol, el miedo natural al dolor y la muerte, ante la cual se sobresalta la naturaleza humana. ¿Podremos alguna vez tener pensamientos favorables o siquiera ligeros sobre el pecado, cuando vemos los penosos sufrimientos que el pecado trajo al Señor Jesús, aunque le fueron reconocidos? ¿Será leve para nuestras almas lo que fue tan pesado para la Suya? ¿Estuvo Cristo en tal agonía por nuestros pecados, y nosotros nunca agonizaremos por ellos? ¡Cómo debiéramos mirar a Aquel que traspasamos, y cómo debiera dolernos! Nos corresponde entristecernos excesivamente por el pecado, porque Él lo estuvo y nunca se rió de eso. —Cristo, como *Hombre* rogó que si era posible pasaran de Él sus sufrimientos. Como *Mediador* se sometió a la voluntad de Dios, diciendo: Mas no lo que yo quiero, sino lo que tú; lo acepto. —Véase cómo vuelve la pecaminosa debilidad de los discípulos de Cristo y los vence. ¡Qué lastres tan pesados son nuestros cuerpos para nuestras almas! Pero cuando veamos el problema en la puerta, debemos prepararnos para ello. Ay, hasta los creyentes suelen mirar de manera turbia los sufrimientos del Redentor, y en lugar de estar listos para morir con Cristo, ni siquiera están preparados para velar con Él durante una hora.

Vv. 43—52. Debido a que Cristo no se manifestó como un príncipe temporal, sino que predicó el arrepentimiento, la reforma y la vida santa, y dirigió los pensamientos, afectos y propósitos de los hombres a otro mundo, por eso, los dirigentes judíos procuraron destruirlo. —Pedro hirió a uno de la partida. Es más fácil pelear por Cristo que morir por Él. Pero hay una gran diferencia entre los discípulos falibles y los hipócritas. Estos últimos llaman Maestro a Cristo, presurosos y sin pensar, y expresan gran afecto por Él, pero lo entregan a sus enemigos. Así aceleran su propia destrucción.

Vv. 53—65. Aquí tenemos la condena de Cristo ante el gran consejo de los judíos. Pedro siguió, pero el lado del fuego del Sumo Sacerdote no era el lugar apropiado, ni sus siervos eran compañía adecuada para Pedro: era una entrada en la tentación. —Se empleó gran diligencia para conseguir testigos falsos contra Jesús aunque el testimonio de ellos no era equivalente a una acusación de delito capital, por mucho que ellos estiraran la ley. Se le preguntó: ¿Eres el Hijo del Bendito? Esto

es, el Hijo de Dios. Él se refiere a su segunda venida para probar que es el Hijo de Dios. —Tenemos en estos ultrajes muchas pruebas de la enemistad del hombre hacia Dios, y del amor gratuito e indecible de Dios por el hombre.

Vv. 66—72. La negación de Cristo por parte de Pedro empezó por mantenerse alejado de Él. Los que se avergüenzan de la santidad están bien avanzados en el camino de negar a Cristo. Quienes piensan que es peligroso andar en compañía de los discípulos de Cristo, porque de ahí pueden ser llevados a *sufrir* por Él, encontrarán mucho más peligroso estar en la compañía de sus enemigos, porque ahí serán llevados a *pecar* contra Él. —Cuando Cristo era admirado y lo seguían, Pedro lo confesó con prontitud; pero no reconoce su relación con Él ahora que está abandonado y despreciado. Pero obsérvese que el arrepentimiento de Pedro fue muy rápido. —El que piensa estar firme, mire que no caiga; y el que ha caído piense en estas cosas, y en sus propias ofensas, y vuelva al Señor con llanto y súplicas, buscando el perdón para ser levantado por el Espíritu Santo.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—14. *Cristo ante Pilato.* 15—21. *Cristo es llevado a ser crucificado.* 22—32. *La crucifixión.* 33—41. *La muerte de Cristo.* 42—47. *Su cuerpo es enterrado.*

Vv. 1—14. Ellos ataron a Cristo. Bueno es para nosotros recordar frecuentemente las ataduras del Señor Jesús, como que estamos atados con el que fue atado por nosotros. Al entregar al Rey, en efecto, ellos entregaron el reino de Dios, que por tanto, les fue quitado como por propio consentimiento de ellos, y fue dado a otra nación. —Cristo dio una respuesta directa a Pilato, pero no quiso responder a los testigos porque se sabía que las cosas que alegaron eran falsas, hasta el mismo Pilato estaba convencido que era así. Pilato pensó que podía apelar desde los sacerdotes al pueblo, y que ellos liberarían a Jesús de las manos de los sacerdotes, pero ellos fueron más y más presionados por los sacerdotes, y gritaron: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! Juzguemos a las personas y cosas por sus méritos y la norma de la palabra de Dios, y no por el saber corriente. El pensamiento de que nunca nadie fue tratado tan vergonzosamente, como la única Persona que es perfectamente excelente, santa y sabia que haya aparecido en la tierra, lleva a la mente seria a formarse una firme opinión de la maldad del hombre y la enemistad contra Dios. Aborrezcamos más y más las disposiciones malas que marcaron la conducta de esos perseguidores.

Vv. 15—21. Cristo encontró a la muerte en su aspecto más terrorífico. Fue la muerte de los malhechores más viles. Así, se reúnen la cruz y la vergüenza. Dios había sido deshonrado por el pecado del hombre, Cristo dio satisfacción sometándose a la mayor desgracia con que la naturaleza humana podía ser cargada. Era una muerte maldita; así fue marcada por la ley judía, Deuteronomio xxi, 23. Los soldados romanos se burlaron de nuestro Señor Jesús como Rey; como los siervos se habían burlado de Él como Profeta y Salvador en el patio del sumo sacerdote. ¿Será un manto púrpura o escarlata una cuestión de orgullo para un cristiano, si fue cuestión de reproche y vergüenza para Cristo? Él llevó la corona de espinas que nosotros merecíamos, para que nosotros pudiéramos llevar la corona de gloria que Él merece. Nosotros fuimos por el pecado condenados a vergüenza y desprecio eternos. Él fue llevado con los hacedores de iniquidad, aunque Él no pecó. Los sufrimientos del manso y santo Redentor son siempre una fuente de instrucción para el creyente, de la cual no puede agotarse en sus mejores horas. ¿Sufrió Jesús así y yo, vil pecador, me afanaré o me pondré descontento? ¿Consentiré a la ira o emitiré reproches y amenazas debido a los problemas e injurias?

Vv. 22—32. El lugar donde fue crucificado nuestro Señor Jesús, era llamado el lugar de la Calavera; era el lugar corriente para las ejecuciones, porque Él fue en todo aspecto contado entre los transgresores. Cada vez que miremos a Cristo crucificado, debemos recordar el escrito puesto sobre su cabeza: Él es un Rey y nosotros debemos rendirnos para ser sus súbditos, sin duda, como

israelitas. —Crucificaron a dos ladrones con Él, y Él en el medio; con eso pretendían deshonrarlo mucho, pero estaba profetizado que sería contado con los transgresores, porque Él fue hecho pecado por nosotros. —Aun los que pasaban por ahí lo insultaban. Le decían que se bajara de la cruz, y creerían, pero no creyeron aunque les dio la señal más convincente cuando se levantó de la tumba. ¡Con qué fervor buscará salvación el hombre que cree firmemente la verdad, como es dada a conocer por los sufrimientos de Cristo! ¡Con cuánta gratitud recibirá la esperanza naciente del perdón y la vida eterna, adquiridas por los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios! ¡Y con qué piadosa tristeza se dolerá por los pecados que crucificaron al Señor de gloria!

Vv. 33—41. Hubo una densa oscuridad sobre la tierra, desde el mediodía hasta las tres de la tarde. Los judíos estaban haciendo lo más que podían para apagar al Sol de Justicia. Las tinieblas significaban la nube bajo la cual estaba el alma humana de Cristo cuando la estaba presentando como ofrenda por el pecado. Él no se quejó de que sus discípulos lo abandonaran, sino de que su Padre lo desamparara. Especialmente en esto fue Él hecho pecado por nosotros. Cuando Pablo iba a ser ofrecido como sacrificio en el servicio de los santos, se gozaba y se regocijaba, Filipenses ii, 17; pero es otra cosa ser ofrecido como sacrificio por el pecado de los pecadores. —En el mismo instante en que Jesús murió, fue rasgado de arriba abajo el velo del templo. Esto expresó terror a los judíos incrédulos, y fue señal de la destrucción de su iglesia y nación. Expresa consuelo para todos los cristianos creyentes, porque significaba abrir un camino nuevo y vivo al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús. —La confianza con que Cristo había tratado francamente a Dios como su Padre, encomendando su alma en sus manos, parece haber afectado mucho al centurión. Los puntos de vista correctos sobre Cristo crucificado reconcilian al creyente con el pensamiento de la muerte; anhela contemplar, amar, y alabar, como se debe, a ese Salvador que fue herido y traspasado para salvarlo de la ira venidera.

Vv. 42—47. Aquí asistimos al entierro de nuestro Señor Jesús. ¡Oh, que nosotros podamos, por gracia, ser plantados en su semejanza! José de Arimatea fue uno que esperaba el reino de Dios. Los que esperan por una cuota de sus privilegios deben confesar la causa de Cristo cuando parece estar aplastada. A este hombre levantó Dios para su servicio. Hubo una providencia especial, que Pilato fuera tan estricto en su investigación para que no hubiera pretensión de decir que Jesús estuviera vivo. —Pilato dio a José permiso para bajar el cuerpo, y hacer lo que le pareciera bien con él. Algunas de las mujeres vieron donde fue puesto Jesús, para poder ir después del día de reposo a unguir el cuerpo muerto porque no tuvieron tiempo de hacerlo antes. Se fijaron especialmente en el sepulcro de Cristo porque Él iba a levantarse de nuevo. Él no abandonará a los que confían en Él, y lo invocan. La muerte, privada de su aguijón, pronto terminará las penas del creyente, como terminó las del Salvador.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—8. *La resurrección de Cristo revelada a las mujeres.* 9—13. *Cristo aparece a María Magdalena y a otros discípulos.* 14—18. *Su comisión para los discípulos.* 19, 20. *La ascensión de Cristo.*

Vv. 1—8. Nicodemo trajo una gran cantidad de especias, pero estas buenas mujeres no creyeron que fueran suficientes. El respeto que otros muestran a Cristo no nos debe impedir que mostremos nuestro respeto. Los que son llevados por el celo santo a buscar con diligencia a Cristo, encontrarán que los tropiezos del camino se desaparecen con rapidez. Cuando nos exponemos a problemas y gastos por amor a Cristo, somos aceptos aunque nuestros esfuerzos no tengan éxito. La vista del ángel podía haberlas animado, con justicia, pero ellas se asustaron. Así, pues, muchas veces lo que debiera ser nuestro consuelo, produce terror debido a nuestro propio error. —Él *fue* crucificado, pero *está* glorificado. Ha resucitado, no está aquí. No está muerto, y vive de nuevo; más adelante, le veréis, pero aquí podéis ver el lugar donde fue puesto. Así, se enviará el consuelo oportuno a los

que lloran al Señor Jesús. Pedro es nombrado en particular: Decid a Pedro; esto lo recibirá muy bien, porque está triste por el pecado. Ver a Cristo es algo muy bien recibido por un verdadero arrepentido, y el penitente verdadero es muy bien recibido cuando quiere ver a Cristo. Los hombres corrieron a toda prisa hacia donde estaban los discípulos; pero los temores inquietantes suelen impedirnos hacer el servicio que podríamos hacer a Cristo y a las almas de los hombres, si la fe y el gozo de la fe fueran firmes.

Vv. 9—13. Mejores noticias no pudieron ser llevadas a los discípulos que lloraban, que contarles de la resurrección de Cristo. Nosotros debiéramos estudiar para consolar a los discípulos dolientes diciéndoles lo que hemos visto de Cristo. Fue una sabia providencia que las pruebas de la resurrección de Cristo fueran dadas gradualmente, y recibidas con cautela, para que la seguridad con que los apóstoles predicaron esta doctrina después, fuera más satisfactoria. Sin embargo, ¡cuán lentos somos para admitir los consuelos que la palabra de Dios tiene! Entonces, mientras Cristo consuela a su pueblo, ve que, a menudo, es necesario reprenderlos y corregirlos por la dureza de corazón que desconfía de su promesa como asimismo que no obedece sus santos preceptos.

Vv. 14—18. Las pruebas de la verdad del evangelio son tan completas que los que no las aceptan, pueden ser justamente reprendidos por su incredulidad. —Nuestro bendito Señor renueva la elección de los once como apóstoles suyos y les encarga la misión de ir a todo el mundo y predicar el evangelio a toda criatura. Sólo el que es *verdadero* cristiano será salvo por medio de Cristo. Simón el mago profesó creer, y fue bautizado, pero se declaró que estaba en los lazos de la iniquidad: léase su historia en Hechos viii, Vv. 13—15. Sin duda esta es una declaración solemne de la fe verdadera que recibe a Cristo en todos sus caracteres y oficios, y para todos los propósitos de la salvación, y produce su buen efecto en el corazón y la vida; no el simple asentimiento, que es fe muerta y no da provecho. —La comisión de los ministros de Cristo se extiende a toda criatura de todo el mundo, y las declaraciones del evangelio contienen no sólo verdades, exhortaciones y preceptos, sino también advertencias temibles. Osérvese con qué poder fueron dotados los apóstoles, para confirmar la doctrina que iban a predicar. Estos fueron milagros para confirmar la verdad del evangelio, y medios para difundirlo en las naciones que no lo habían oído.

Vv. 19, 20. Después que el Señor habló, subió al cielo. Sentarse es una postura de reposo; había terminado su obra; es postura de gobierno: tomó posesión de su reino. Se sentó a la diestra de Dios, lo que denota su soberana dignidad y poder universal. Lo que Dios haga con nosotros, nos dé o nos acepte, es por su Hijo. Ahora Él está glorificado con la gloria que tuvo antes que el mundo fuese. — Los apóstoles fueron y predicaron en todas partes, lejos y cerca. Aunque la doctrina que predicaron era espiritual y celestial, directamente contraria al espíritu y temperamento del mundo; aunque se encontraron con mucha oposición, y fueron absolutamente desprovistos de todos los apoyos y ventajas del mundo, aun así, en unos pocos años, su voz llegó hasta lo último de la tierra. Los ministros de Cristo no necesitan ahora obrar milagros para probar su mensaje; está demostrado que las Escrituras son de origen divino y esto hace que no tengan excusa los que las rechazan o desprecian. Los efectos del evangelio, cuando se predica fielmente y se cree verdaderamente, y cambia los temperamentos y el carácter de la humanidad, son una prueba constante, una prueba milagrosa, de que el evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.

Henry, Matthew